

Montaigne y la Formación del Juicio

Hubert Vincent
IUFM de Orléans- Tours

Montaigne dice muy claramente que el fin de la educación debe ser la formación del juicio; así por ejemplo: "Las abejas chupan aquí y allá las flores, pero con ello producen luego la miel, que es completamente suya; ya no es tomillo ni mejorana: igualmente las piezas prestadas a otros, él (el estudiante) las transformará y confundirá, para producir una obra completamente suya, a saber su juicio. Su institución, su trabajo y estudio sólo apuntan a formar dicho juicio." (I,26, *De la Institución de los Niños*, p.116, edición Arlea). Pero también pensaba que demasiadas cosas, incluso todo se oponía a esta formación del juicio: "En verdad, el cuidado y el empeño de nuestros padres sólo se preocupa de llenarnos la cabeza de ciencia; en cuanto al juicio y la virtud pocas enseñanzas" (Y,25, *Del Pedantismo*, p.105, edición Arléa). Le ruego aquí al lector no rechazar de inmediato el término "virtud", le aseguro que no se tratará aquí de predicar moral. Quizá estas dos cuestiones esten ligadas, y de ser así veremos cómo, pero es precisamente del juicio de lo que primordialmente habla Montaigne, y de su libertad, como lo muestran estos otros pasajes: "Se nos ha sometido tanto a las cuerdas que ya no tenemos una apariencia clara, Nuestro vigor y libertad se han apagado" (I,26, *De la Institución de los Niños*, p.116). A veces el reproche se vuelve más circunstancial y se refiere a un defecto muy francés: "Ya de tiempo ha sido proverbial el hecho de que la sabiduría francesa es una sabiduría que surge temprano pero no se sostiene. En verdad, todavía constatamos que no hay nada más encantador que los niños en Francia; pero generalmente luego defraudan la esperanza que significaban, y, hechos hombres, no se ve en ellos ninguna excelencia. He oído sostener a personas de entendimiento que son los colegios donde se los manda, que tanto abundan, los que los embrutece de esa manera." (p.126).

A decir verdad lo que Montaigne presenta como una constatación puede parecer muy asombroso y paradójico. Se carece, dice, de juicio; sin embargo nos inclináramos a decir que los hombres juzgan constantemente, a tontas y a locas, particularmente en Francia donde, según una imagen aceptada, amamos especialmente este deporte. Su afirmación sería menos desconcertante si dijera que lo que hace falta es el buen juicio o el juicio según la razón; nos volveríamos a encontrar con la clásica oposición entre la opinión y la razón o el juicio esclarecido. Pero no es esto lo que dice Montaigne: en efecto habla de juicio y

solamente de libertad de juicio, de clara apariencia y no de juicio esclarecido. Puede incluso haber incompatibilidad entre decir la verdad y juzgar, el sometimiento a la verdad puede en cierto sentido impedir y atar el juicio, como veremos.

Se carece de juicio, tal es la constatación. Esto qué significa?

JUICIO Y USO DEL MUNDO

Para Montaigne, la formación del juicio va sistemáticamente a la par con una relación permanente o con lo que él llama un uso del mundo. Esto aparece en la mayor parte de los consejos que juzgaba necesario dar y vuelve en su ensayo como el leitmotiv más insistente. Nos contentaremos con algunas indicaciones: “A esta causa (enseñarle a hablar y juzgar correctamente), es maravillosamente propicio el intercambio con los hombres y visitar países extranjeros...(id),p.117)...En esta escuela del intercambio con los hombres, he notado a menudo el vicio de que en lugar de tomar conocimiento de otros, sólo trabajamos en la distribución de lo nuestro, y nos cuesta más trabajo emplear nuestra mercancía que adquirir una nueva”...(id., p.118)...Estando en compañía advertiremos que tenemos los ojos puestos en todas partes...(p.119). De la frecuentación del mundo se deduce una maravillosa claridad para el juicio humano...(p.120)...Este gran mundo, que algunos multiplican todavía como especies bajo un género, es el espejo donde debemos mirarnos para conocernos de manera indirecta...(p.121)”

Si los libros deben ser usados en esta institución, es en este sentido: “En esta *práctica de los hombres*, (subrayamos) con lo que quiero significar, muy principalmente, aquellos que sólo viven en la memoria de los libros. Frecuentará, por medio de las historias, a esas grandes almas de los mejores siglos”(id., p.120). Los libros darán a conocer la vida y costumbres de grandes almas. Tema ciertamente clásico, al que Montaigne no obstante añade inmediatamente este: Para este aprendizaje (la formación del juicio), todo aquello que se presenta a nuestros ojos sirve de libro suficiente: la malicia de un paje, la idiotez de un valet, una conversación de mesa, son igualmente materias nuevas”(p.117). De esta manera las grandes almas no son más que un caso de lo que se presenta ante nuestros ojos, una especie de ese género que es la naturaleza, quien todo lo puede y todo lo hace, tanto el plebeyo como el noble, el excepcional como el corriente.

Si la filosofía finalmente debe formar parte del programa, es en este sentido: “Para el nuestro (este niño), un cuarto, un jardín, la mesa y el lecho, la soledad, la compañía, la mañana y la tarde, todas las horas serán una, todos los sitios serán estudio; porque la filosofía, que será su primer lección, como formadora

de los juicios y las costumbres, tiene el privilegio de mezclarse con todo.... En cuanto a la filosofía, en la parte que trata del hombre y sus deberes y oficios, ha sido juicio común a todos los sabios considerar que, por la dulzura de su conversación, no debería rechazarse ni en las fiestas ni en los juegos”(id.,p.126). De tal manera que lo que hace recomendable la filosofía para la educación del juicio, es este doble privilegio, que le significa también una doble responsabilidad: poder mezclarse con todo, en el sentido, nó de que lo sepa todo sino de que toda situación puede servirle de enseñanza, y por la dulzura de su conversación.

He aquí algunas indicaciones que muestran la solidaridad del juicio con el uso y la frecuentación del mundo. Lo poco que hemos dicho basta, sin embargo, para mostrar que esta frecuentación o este uso del mundo debe ser entendido como “experiencia de los hombres”, de sus costumbres y hábitos, de sus condiciones, de sus usos e igualmente de la manera de conducirse con ellos. La experiencia de los hombres no es en absoluto conocerlos, sino más bien frecuentarlos.

No es nuestro propósito desarrollar más la descripción de lo que hay que entender por uso del mundo. Esto nos llevaría demasiado lejos, para comenzar en el mismo Montaigne, pero también en muchos otros y particularmente Kant, quien, si bien a su manera, aclaró con tanta fuerza esta cuestión. Sin embargo, lo poco que hemos dicho basta para mostrar que este tema y el del juicio, íntimamente ligado, tiene una inobjetable fuerza crítica con relación a la escuela tal como se practicaba y se practica, tanto en tiempos de Montaigne como en nuestros días. No es frecuente ver desfilar en nuestras escuelas a jueces, soldados, publicistas y cantantes de rock, todos oficios y personajes que son nuestros hoy en día y que el niño debería conocer y frecuentar, escuchándolos de viva voz, por fuera del ejercicio de su función o de su oficio, ejercitándose así con la ayuda del maestro a percibir lo que Montaigne llama su humor o complexión. Para ello, sería necesario que los maestros tuvieran ya este uso del mundo, que se hayan formado en él, en lo que podrían servir de ayuda los I.U.F.M. Preferimos los manuales y los programas, en una palabra el saber, al que creemos se deben someter los niños desde su más temprana edad, y del que pretendemos, aún sabiendo que es completamente falso, que podrá reemplazar el uso del mundo. En este sentido nuestra escuela es hoy tan pedante que los pedantes, los que creen que la ciencia puede ser regla de vida y enseñar este uso del mundo, ya no son tenidos por perfectamente ridículos a falta de comedias que supieran mostrárnoslos.

De esta manera, si el juicio no está formado, es porque preferimos “la opinión de ciencia”, lo que Montaigne dirá entre otros pasajes así: “Si supiéramos restringir las pertenencias de nuestra vida a sus justos y naturales límites, encontraríamos que la mejor de las ciencias que están en uso está fuera de nuestro alcance; y en las que lo están hay extensiones y profundidades muy inútiles, que mejor sería dejar de lado...”(p.122). No es que Montaigne rechace todas las

ciencias fuera de la educación, sólo que deben colocarse en su justo lugar, que es secundario o más simplemente más tardío: "Después de que se haya dicho lo que sirve para hacerlo más sabio y mejor, se le explicará qué es lógica, física, geometría, retórica; y con el juicio ya formado, logrará dominar cualquier ciencia que escoja" (p. 123). Esto equivale a decir que la ciencia por sí misma no forma el juicio, aún si lo requiere. Más adelante veremos porqué. Equivale también a decir que hay que rechazar esta formación y esperar a que el juicio esté formado. Evidentemente no pretendemos con estas pocas anotaciones haber resuelto la cuestión de la formación científica. No es más que una manera de aliviar un poco el prejuicio que pesa sobre nosotros hoy en día y que pretende por ejemplo que nunca ha habido suficiente ciencia o nunca suficientemente a tiempo. A este propósito hay que ver el museo de La Vilette y todos sus esfuerzos por hacer de la ciencia algo atractivo, algo simpático.

Sea lo que sea a propósito de estos diferentes problemas, de lo que se trata ante todo es de relacionarse frecuentemente con los hombres, no de conocer las cosas o a los hombres como si fueran cosas. Y en esta relación estrecha con los hombres, sin duda habrá que incluir esa práctica tan decisiva que es la ciencia, pero como práctica o forma de ser, forma de ser requerida, no en sí misma, si así puede decirse. Sin embargo esto no es todo, y la formación del juicio no significa solamente este uso del mundo. Hay también otros aspectos decisivos.

LA OCASIÓN Y LA INSTRUCCIÓN

Nos parece importante anotar que, para hablar de la educación, Montaigne escoge una forma muy particular: la carta, especialmente dirigida a una mujer de condición noble, una de sus relaciones indirectas, estando ella misma a punto de parir. Uno de sus amigos comunes, al leer el ensayo precedente sobre el pedantismo, invita a Montaigne a hablar más sobre la educación. Escoge esta forma para responder a esta propuesta. Sin duda no hay nada más difícil que escribir a una de sus allegadas, ella misma de condición noble, sobre un tema tan debatido como el de la educación. Hay que ser conciso y no cansar; decir lo esencial sin detenerse demasiado en detalles o en querellas que sólo interesan a los especialistas. Queda proscrita toda pose o todo tono que parezca un poco sentencioso: quedaría negada la relación de amistad y de mutuo conocimiento que excluyen que uno se presente dictando cátedra. Simplemente hay que decir lo que uno piensa, honestamente y sin ostentación, pero en forma viva; también hay que mostrar y decir lo que uno es, es decir hablar a nombre propio, claro, pero también de sí mismo, tal como se es al salir de esta educación, y de nuevo

todo esto brevemente, sin insistir, sin importunar mucho al lector con dudas particulares, sugiriéndole pistas a seguir señalando al mismo tiempo ciertas precauciones. Aquella a quien uno se dirige de esta manera, debe quedar librada a su propio juicio, es ella quien escogerá lo que tomará o no en consideración. Dejarle así la escogencia significa proponer lo que se dice como si fueran simples fantasías muy personales, lo que Montaigne no deja de decir para que en caso de que le interese alguna de estas fantasías, sea ella quien se tome el trabajo de apropiársela. Entonces hay que juzgar por sí mismo y dejar juzgar al otro sobre lo que uno le dice o propone. Como se puede adivinar, la carta, al mismo título que la "dulzura de la conversación" que evocábamos anteriormente, es una forma importante de este uso del mundo.

Dicho de otra manera, Montaigne por medio de este artificio literario, se somete a uno de los aspectos que él mismo llama en otra parte la ley de la experiencia y que a propósito de los médicos describe así: "Les diría con gusto que el fruto de la experiencia de un cirujano no es la historia de sus prácticas, y acordarse de que ha curado cuatro apestados y tres gotosos, si de este uso no sabe formarse un juicio, y no nos hace sentir que se haya vuelto más sabio con el uso de su arte. Como en un concierto de instrumentos, no se escucha el laúd, un teclado y la flauta, se escucha una armonía global, el conjunto y el fruto de toda esta reunión. Si los viajes y los cargos los han mejorado, así lo debe mostrar la producción de su entendimiento. No es suficiente contar las experiencias, hay que pesarlas, relacionarlas y haberlas digerido y destilado para sacar de ellas las razones y conclusiones que contienen"(III,8; *Del arte de la conversación*, p.717).

De esta manera se obliga Montaigne a hacer su propia música o su propio balance, y esta música es él, y este balance es él, tal como va a presentarse; allí veremos lo que él es, y si le encontramos algún defecto, de ello estaremos al menos advertidos. Diciendo lo que piensa se muestra tal como es; somos nosotros lectores quienes debemos juzgar, apreciar o no, cerrar el libro o decidir inspirarnos en él. No es necesario, sobre todo no es pertinente contar las experiencias pasadas, hay que ir directamente al resultado. No hay que ir con rodeos, diciendo por ejemplo que pasó esto pero faltó aquello, que qué pesar, que habría que haber actuado de otra manera, etc., de todas maneras hay que olvidarse de sí, esquivar lo que naturaleza y enseñanza nos han hecho: hay que decir lo que es, lo que surgió de este conjunto incoherente, es decir exactamente aquello que ha llegado a ser. En una palabra, exponerse en lo que se es y ofrecerlo al juicio de los otros. Desde este punto de vista, y esto es sin lugar a dudas lo más importante, el juicio debe entenderse como una estructura del aparecer: juzgando, me muestro, me ofrezco a la reconsideración y a la corrección, me muestro tal como enseñanza y naturaleza me han hecho, sin que sea posible disociarlas. El proceso queda olvidado en el resultado, y lo que es válido para el adulto educado con relación a su pasado, vale también para toda enseñanza, para todo aprendizaje.

Dicho esto, sobre lo que más adelante volveremos, en el texto que acabamos de citar trabaja cierta reminiscencia de cuestiones clásicas y muy probablemente algunas páginas de Aristóteles así como ciertos temas estoicos, tanto en los temas analizados como en la forma de argumentación, en particular el recurso a los razonamientos analógicos sobre los que trabajaremos. Es así como encontramos una oposición entre la memoria como conjunto de recuerdos o de sensaciones ligadas y limitadas a casos singulares y el saber relacionado a la experiencia, como fuente primera de lo general y de reunión de dichos casos diferentes. También se observa que este trabajo de la experiencia no es exclusivamente pasivo sino que es igualmente el resultado de un trabajo de síntesis o de una actividad productiva que puede imputarse en principio al juicio. En este sentido, éste es el agente de transformación de lo que es recibido, el poder de síntesis capaz de deducir de ello una lección. Como tal, es entendimiento: es, decía Epicarmo, el entendimiento el que ve y el que escucha, es el entendimiento el que aprovecha todo, el que todo lo dispone, el que actúa, el que domina y reina: todas las demás cosas son ciegas, sordas y sin alma. Ciertamente, nosotros lo volvemos servil y cobarde, para no permitirle la libertad de hacer nada por sí mismo”(p.117) Este es el primer aspecto, ciertamente esencial, del juicio.

Sin embargo, Montaigne no retoma esta tesis clásica sin dejar de hacer un aporte muy personal. En efecto, el entendimiento aprovecha todo, pero esto significa que el entendimiento es lo que puede dar valor o sacar provecho de muy poco. Vimos cómo lo dice Montaigne, hablando del ejercicio del juicio: "Ahora bien, para este aprendizaje, todo lo que se presente ante nuestra vista servirá de libro suficiente: la malicia de una página, la estupidez de un valet, una conversación de mesa, todo esto significa nuevo material"(id.). Cualquier cosa, una consideración corriente, sacada de la vida diaria, puede servir, en tanto dé un primer impulso, despierte la atención o la curiosidad. Y esta insignificancia, esta ocasión que despierta el espíritu, seguramente puede encontrarse en algunos libros. A su parecer es precisamente esta manera que tienen algunos libros de ofrecer fácilmente ocasiones para ocupar su juicio lo que se constituye en criterio para juzgar de su calidad: "Hay en Plutarco muchos discursos extensos, muy dignos de ser conocidos, porque, a mi parecer, él es maestro constructor de dicha materia; pero hay mil temas que apenas si toca: solamente indica con el dedo el camino que si quisiéramos podríamos seguir, y se contenta a veces con dar una simple estocada en lo más vivo de una proposición. Es necesario entonces deducirlos del texto y convertirlos en moneda circulante. Así, esa palabra suya sobre los habitantes de Asia que servían a un solo señor, por no saber pronunciar más que una sílaba, la sílaba NO, quizá fue la que ofreció materia y ocasión a La Boétie para su *Servidumbre voluntaria*"(Y,26, p.120).

De esta manera la ocasión hace el ladrón, para retomar el sentido que le dió a esta expresión F. Deligny, y que no sería difícil mostrar hasta qué punto puede apoyarse en Montaigne. Veamos por ejemplo esta imagen: "Que oculte todo aquello que ha venido en su ayuda, y sólo produzca lo que con ello ha hecho. Los plagiadores, los prestamistas hacen ostentación de sus construcciones, sus compras, no de lo que han sacado de otros. De un hombre de parlamento no se conocen los condimentos, se ven las alianzas que ha ganado y honor para sus hijos. Nadie hace pública su receta, cada cual aporta sus bienes honrosamente adquiridos"(id. p.116-117).

Qué significa este ocasionalismo? Significa que el juicio carece de razón. Juzgamos, apreciamos, dando así respuesta a una ocasión que habla y nos inspira, pero somos incapaces de decir porqué nos golpea y nos reclama este caso, ni si vale la pena la atención que le prestamos. El juicio se despierta, se pone en movimiento, eso es todo, a partir de un impulso que ignoramos por completo, pero que nos basta para valorar lo que nos ha despertado de esa manera. Por ello se dirá que el juicio carece de razón: un sentido se manifiesta y obliga a detenerse en él, se vuelve sentido y valor porque se manifiesta y obliga a detenerse en él, eso es todo, para comenzar. Y si en efecto es el entendimiento el que aprovecha todo, el que da valor a insignificancias, es porque él es de antemano captado e interpelado sin que sepa porqué. Pensar que el juicio por ser carente de razón es irracional es el gran error que hay que evitar. Y es también un error, en el que la sinrazón se vuelve "sin-razón aparente", pensar que todo esto no es más que un discurso pedagógico de un profesor que sabe que vale más que su alumno crea que ha encontrado por sí mismo lo que le quiere enseñar.

Pero esto no es todo, y el ejercicio del juicio no se limita a este breve impulso desatado por la ocasión. Se requiere también otra cosa, el gusto y el deseo de la forma, o el impulso que quiere convertir este descubrimiento en "moneda circulante", para que se vuelva signifiante para otros, y por ello con pleno valor. Más adelante trataremos en detalle esta operación. En un texto en el que señalaba el que consideraba como uno de nuestros defectos comunes, Montaigne escribía lo siguiente: "Pero no será que buscamos más el honor de la afirmación que la verdad del discurso? como si se tratara más de tomar prestado del negocio de Vascosan o de Platin (dos impresores de la época) nuestras pruebas, que de aquello que se ve en nuestra ciudad. O más claramente, no tenemos el espíritu de estudiar con atención y hacer valer aquello que ocurre ante nosotros y juzgarlo con vida suficiente para ponerlo de ejemplo? Porque si decimos que carecemos de autoridad para dar fe a nuestro testimonio, lo decimos sin razón. Tanto más que a mi parecer, las cosas más ordinarias, *cosas las más comunes y conocidas*, si supiéramos encontrar claridad, pueden formar los más grandes milagros de la naturaleza y *los más maravillosos ejemplos, en particular sobre el tema de las*

acciones humanas”(III,13, *De la experiencia*, p.826, subrayado nuestro). Ejercitar el juicio, aprovechar todo aquello que el azar proponga a nuestra atención, supone también que se sepa “juzgarlo con vida suficiente y ponerlo de ejemplo”. Los casos que nos interrogan y que parecen hablarnos en forma inmediata, hay que enseñarlos, volverlos a exponer a aquellos que no han compartido nuestro sentimiento de evidencia, no dejar perder aquello que constituía la vitalidad de esa primera evidencia. Si Montaigne considera que aquí resulta impertinente el argumento defensivo de autoridad, es porque se trata de un testimonio desconocido y , aún más, porque de todas maneras no será más que nuestro testimonio, en ningún caso algo sobre lo que pretenderíamos persuadir a otro, para lo que sí se necesitaría alguna autoridad. Solamente se trata de convertir el testimonio en moneda circulante, en ningún caso, de venderlo, hacerlo valer no significa hacerse valer por intermedio suyo. La escuela, como el taller, podría ser ese lugar protegido.

Dicho lo anterior, “Poner de ejemplo”no es simple, y producir un caso para que pueda dar qué pensar y dar lugar a algunas generalizaciones, es algo muy distinto a ejemplificar una ley general supuestamente conocida y que se pretende torpemente verificar de esta manera. El estudio atento de un caso, ponerlo como ejemplo, produce siempre algo distinto y mucho más que una simple ilustración de una ley más general; lo que llamamos caso, su conocimiento, nunca es algo cerrado en sí mismo; todo conocimiento es ilimitado, sugiere a veces algunas generalizaciones, pero se liga también a otros casos que lo aclaran, lo reflejan y lo contienen. Lo más propio del conocimiento de un caso es mostrar sus relaciones laterales, no tomarlo como ilustración de una ley general caída de lo alto. Nos parece que esto se verifica en la mínima experiencia de un corrector de trabajos de alumnos, algunas tareas se salvan del común precisamente por poco que sepan detenerse en un caso que de hecho muestren que les ha dado qué pensar.

Fidelidad a los propios descubrimientos, paciencia para darlos a conocer, es así como se ejerce el juicio. Hay varias maneras de fallar en este empeño. Podemos evocar algunas, además de las analizadas en la crítica al pedantismo.

Confundir conocimiento del caso y ejemplificación, como dijimos anteriormente.

“Juzgar a tontas y a locas”como se dice, lo que es una manera de huir ante la fragilidad del valor que se muestra, o de fallar en el trabajo de conocimiento, manteniendo al mismo tiempo la idea de que en alguna otra parte existen juicios sólidos y verdaderos, juicios fundados en razón definitiva. Así, si el capricho de los franceses es, como se dijo juzgar a propósito de cualquier cosa, el otro capricho correspondiente es la creencia en “razones de estado”, como lugar de las creencias propiamente sólidas y fundadas. Las “discusiones de café”, según una fórmula consagrada, se comprenden muy bien con el secreto de estado o la creencia de que las cuestiones políticas se regulan entre estados, verdad que se

pretende incuestionable. En este sentido se dirá que la irresponsabilidad ante el propio juicio, o el poco cuidado que le acordamos, favorece inmediatamente la creencia en razones definitivamente excelentes y generalmente ocultas.

Se comprende entonces hasta dónde carece de fundamento decir que hay que aclarar el juicio de los que se educan antes de que lo ejerzan. Porque de dónde vendría esta claridad? No solamente sería externa y extraña al que se pretende esclarecer, sino que, y esto es lo más importante, se supone que la razón esclarecedora debe provenir de las cosas mismas o de la propia razón, como se dice. Qué sería en efecto una razón esclarecedora que no se ofreciera como lo que es: el juicio de un hombre, su uso de la razón. El juicio no es susceptible de ser aclarado, el juicio debe ser ejercitado en este ejercicio encuentra apoyo y ayuda en otros, encuentra incluso autoridad, de lo que ciertamente se trata, autoridad que necesita para enriquecerse y construirse. A la metáfora del esclarecimiento del juicio o del alma, como si por sí misma no tuviera claridad, que sirve tan bien para justificar la sumisión, Montaigne prefiere la metáfora de la ampliación: ningún sol, ninguna lámpara, sólo diversas iluminaciones que se entrecruzan. A esto responde lo que llamaré torpemente su creencia en la naturaleza: "Pero quien se presenta, como en un cuadro, esta gran imagen de nuestra madre naturaleza en su entera majestad; quien lee en su rostro una variedad tan general y constante; quien observa allí, no a sí mismo, sino todo un reino, como un triángulo de punta muy delicada: sólo él estima las cosas según su justa medida"(id., p. 121).

JUICIO, OLVIDO Y MEDIDA

El análisis del juicio desborda los temas que acabamos de esbozar: uso del mundo, el ocasionalismo y el conocimiento de los casos. El juicio no es solamente esa actividad que hay que ejercer, esa soberana potencia que habría que entrenar, ejercer. Es también, en un sentido, un resultado, lo que se muestra y se demuestra en las obras y las producciones, y que también puede no mostrarse en absoluto, como cuando de una obra decimos que no está ni hecha ni por hacer Montaigne lo decía en la cita que nos sirvió de punto de partida: el juicio es también la obra, el resultado: "...las piezas prestadas a otros, las transformará y confundirá, para hacer con ello una obra completamente suya, a saber el juicio"(I, 26, p. 116). Se vuelve a encontrar la misma afirmación en un texto ajeno a la educación, donde Montaigne habla de él, de su manera de leer y de su obra: "Hoyeo los libros, no los estudio: lo que me detiene es algo que ya no reconozco como de otro; constituye lo

único de lo que mi juicio ha sacado provecho, los discursos y las imaginaciones de las que mi juicio se ha imbuído; el autor, las palabras y demás circunstancias, las olvido inmediatamente”(II,17, *De la presunción*, p.502-503).

Volvemos a encontrar el tema del olvido que anunciábamos antes y que igualmente regresa en los consejos que Montaigne da tanto sobre la institución de los niños (como dijimos), como en la confesión de las características de su propio trabajo. La analogía con la formación del médico que utiliza Montaigne, permite ciertamente situar el origen de este tema en Aristóteles, aunque también allí, Montaigne retoma a su manera y modificándola esta tradición. Esto lo veremos.

Ahora bien, este tema es absolutamente decisivo. Montaigne escribe lo siguiente: “De aquello que se sabe con probidad, se dispone sin mirar al patrón, sin volver los ojos hacia un libro. Molesta suficiencia una suficiencia puramente libresca”(I,26,p.117). He aquí una frase a menudo citada, a menudo puesta de presente, pero raramente comentada y comprendida. En su evidencia aparente, es poco o mal conocida, como diría Hegel, así como la frase sobre el pedantismo que comentamos, cuando Montaigne se quejaba por prestar a Séneca más que a sí mismo. Porque, en efecto, ¿qué dice esta frase? Dice algo paradójico, porque dice que cuando me he apropiado, es decir, cuando la medida que me permitirá juzgar está en mí, entonces ya no hay medida o “patrón”. Generalmente leemos esta frase como si, en el proceso que se evoca, no se tratara sino de una transferencia a nosotros de un modelo o de un patrón externo (una figura, un esquema, un texto, etc.) que se convertiría, pero en nuestro espíritu, en la medida.

Es un poco extraño ya que esta frase sugiere más bien que la apropiación se emancipa de este “patrón”, que ya no lo necesita. Entonces qué es lo que efectivamente significa?

Ocurre aquí algo similar a lo que ocurre cuando tengo en mí la visión de un árbol que me gusta particularmente. Esta visión me permite ciertamente juzgar el valor de las diferentes reproducciones de este árbol que se me presentaran, pero la visión misma no es transcribible, ya no tiene la función de una imagen que pudiera confrontar con otras imágenes, puesto que entonces esta imagen no sería más que una entre otras y de ninguna manera lo que me permite juzgarlas. Es esto o esta paradoja lo que está en cuestión en el tema del olvido. Decíamos, a propósito de la crítica al pedantismo, que no existe simetría entre seguir a otro y seguirse a sí mismo; insistíamos en el hecho que “seguirse a sí mismo” significaba precisamente que ya no teníamos modelo a seguir. Igual ocurre aquí: la simetría es engañosa, la interiorización de ninguna manera equivale a la transferencia a nosotros del modelo puesto que precisamente la interiorización nos emancipa del modelo (de los ejemplos o del patrón etc.), pero permitiéndonos

al mismo tiempo reconocer o juzgar. En adelante juzgamos pero sin norma o a lo sumo con la necesidad de remitir tal norma a un caso o tipo de casos. Esto significa que la noción de norma es siempre exterior, remite a un tipo de uso o al uso en general. Entonces esto quiere decir que el juicio está como dividido: si bien reconoce y comprende, si se apropia, también es cierto que los *criterios* de su comprensión permanecen externos a él, y lo remiten al uso común del lenguaje, al uso recibido en la esfera donde se ejerce. Ya presentábamos esta división antes cuando dijimos que el ejercicio del juicio se descomponía en dos aspectos: fidelidad a sus descubrimientos y paciencia para darlos a conocer.

De nuevo tenemos que decir que el ejercicio del juicio, al darse sin norma, en este sentido sin razón, no está por ello exento de regulación. El tema de esta falsa simetría, como veremos (en nuestra crítica de las ciencias de la educación a través del problema de la evaluación), es decisivo para comprender el estatuto actual de las ciencias de la educación. Creemos además que este tema puede tener consecuencias decisivas para toda práctica de enseñanza. A partir de él se puede dar una correcta comprensión de la noción de ejercicio (ver nuestro desarrollo sobre esta noción), y por que el ejercicio es necesariamente abierto; igualmente permite hacer comprender cómo lo esencial se refiere a confrontaciones de ejemplos, en el fondo siempre más amplios que reducciones a la identidad, como si la identidad que confiere el concepto no fuera más que un caso en esta confrontación, el aislamiento de algunos ejemplos en una continuidad esencial. La identidad que confiere el concepto sólo es un modo de la semejanza.

Todo esto Montaigne lo muestra a nuestro parecer perfectamente, pero es claro (como nuestro último ejemplo lo sugiere) que estos problemas se dan a conocer explícitamente en la obra de Wittgenstein. Trataremos de hacer el paralelo.

EL JUICIO Y LA PASIÓN DE LA EXPOSICIÓN, O EL JUICIO COMO ESTRUCTURA DEL APARECER

El tema del olvido, Montaigne generalmente asocia el que llamaremos el de la exposición: la confesión hecha al lector que sólo se trata de fantasías, opiniones diversas sin peso alguno, pero en las que se encuentra él mismo, lo que piensa y es, sus fantasías y opiniones. En este último sentido, el juicio es lo que se ve (o no se ve, a gusto del lector) en las obras o en la producción; el juicio son “todos los discursos y las imaginaciones de las que está en adelante imbuído”, como dice el texto. Desde este punto de vista, el juicio es también entonces lo que se muestra (o no se muestra o se muestra mal), en la obra y el producto, en aquello que uno se muestra capaz aquí y ahora, tanto en lo que se hace o se hará de la propia vida. En este sentido se dirá que juicio no puede ser prejuicio: está o no de acuerdo con las acciones y las obras que fácilmente podemos apreciar.

Parece que el juicio, sumado todo, es la miel y no la facultad que permite hacerla. Hay en esto algo sorprendente puesto que, cuando decimos que la educación tiene como finalidad formar el juicio de los niños, nuestra atención se dirige más bien hacia el conjunto de medios y métodos que se transmitirán al niño para ayudarlo a formar su juicio. Dicho de otra manera, tendemos a disociar el juicio como capacidad de juzgar, de sus obras o sus productos, o a imaginar una capacidad que fuera relativamente independiente de sus productos y como estando tras ellos. Sin embargo, por otro lado, también es correcto decir que el juicio se demuestra y se muestra en aquello que se hace, que no es solamente potencia, sino acto. Sin duda se requieren múltiples talentos para fabricar la miel, pero si ésta no aparece, no se consume, no se vuelve en cierta forma uso, entonces todos estos talentos no sirven para nada.

Digamos que tenemos una facultad que es solidaria de su ejercicio, sin que ambas cosas sean estrictamente idénticas. (sobre este punto: III,8; *Del Arte de la Conversación*, p.718)

Si retomamos el ejemplo del médico, dicho de otra manera no hay forma de establecer el lazo entre la base de ejemplos singulares y lo que se deduce de ellos o entre la base de casos singulares de los que se parte y la síntesis que logre un individuo dado, en circunstancias dadas; todo esto se olvida en la síntesis y así debe ser, cosa en la que insiste Montaigne: “Que sepa que sabe al menos. Es necesario que se embeba de sus humores, no que aprenda sus preceptos (Montaigne habla aquí de los autores del pasado). Y que olvide audazmente, si quiere, de dónde saca estos saberes, pero que sepa apropiárselos... Las abejas chupan aquí y allá las flores, pero con ello producen luego la miel”. etc. (p.116). Pero esto significa al mismo tiempo, que el médico se juzga por el ejercicio de su arte, no por su saber, o más aún que se expone necesariamente a la incertidumbre de su juicio, y ciertamente sería deseable que su conciencia o sus palabras acepten y se casen con esta incertidumbre. Desde este punto de vista, cuando Montaigne escribe que lo único que es importante es “que el juicio reconozca su imperfección y su debilidad natural”(I,26,p.121), es decisivo comprender que sólo se trata aquí de reconocer que dada esta estructura del juicio, que no cuenta ni suma sino que reúne en un todo y olvida, y debe hacerlo para aprender y apropiarse, el juicio queda por ello mismo expuesto al error y más exactamente al riesgo. También por eso el juicio reclama a otro, como apelación a aquél que pueda decirnos que no estamos “desvariando del todo”, que no estamos del todo equivocados, que lo que hacemos no es insensato. En otras palabras si el ejercicio del juicio reclama a otro, es un otro singular, capaz de encontrar sentido en lo que, o de lo que de mí se expone; consiguientemente otro que ya no es depositario de una norma de apreciación universal, sino en tanto él mismo ejerce su juicio

sin razón como hemos dicho, sin razón y en el sentido en que lo dijimos. tenemos allí un punto de vista que creemos esencial para apreciar lo que se entiende por escepticismo en Montaigne.

La apropiación supone pues un acto de juicio o un ejercicio del juicio que podría llamarse ejercicio de síntesis. Pero al mismo tiempo hay que decir que esta síntesis sólo se muestra en su resultado o en su ejercicio en constante perfeccionamiento. Entonces dicho resultado excede sus premisas, como el todo excede las partes: se verá si la música es bella, pero es imposible saberlo de antemano, a pesar del trabajo preparatorio. En este sentido, para el sujeto que se expone, hay algo arriesgado en este ejercicio: esta síntesis es suya y en ella se muestra tal como lo ha formado la enseñanza, tal como se ha formado en el aprendizaje y finalmente tal como lo ha formado la naturaleza. Más allá de esta capacidad de síntesis, en Montaigne el juicio remite a lo que efectivamente hay que llamar una forma de existencia o una forma de aparecer: me muestro tal como me ha hecho el aprendizaje, lo que para él equivale a decir, tal como me ha hecho la naturaleza, sin razón. Y precisamente porque el trabajo de síntesis aquí es ciego o sólo puede mostrarse en su resultado, se puede entonces hablar indistintamente de aprendizaje o naturaleza, o no resulta posible diferenciar uno de otra.

Por eso existe además un estrecho parentesco entre la finalidad de Montaigne de describirse y conocerse y su constante preocupación por juzgar: juzgando me muestro, tal como me ha formado el aprendizaje, tal como me hará, tal como finalmente soy. Esta relación está expresamente indicada por Montaigne así: "Quiero decir que sea lo que sea, y sean las que sean estas ineptitudes (Montaigne anuncia así sus consideraciones sobre la educación), no me propongo ocultarlas como no lo haría con un retrato mío calvo y grisáceo, en el que el pintor hubiera representado no un rostro perfecto, sino el mío. Porque aquí también se trata de mis humores y opiniones; las ofrezco como creencia mía, no como aquello que hay que creer. Sólo aspiro a descubrirme a mí mismo, que tal vez seré otro mañana, si una nueva enseñanza me cambia. No tengo autoridad ninguna para que se me crea, ni tampoco lo deseo, sintiéndome muy mal instruido para instruir a otros."(id.).

La obra que presento, esta acción que propongo como mía, esta palabra que pronuncio, este escrito que hago actualmente, me muestran tal como soy, tal como naturaleza y aprendizaje, puesto que son lo mismo, me han formado, pero también tal como acaso me cambiarán mañana. No se trata ni siquiera de juicios que expondré a otros, se trata de algo más, de mí, y la discusión nunca es algo que pueda reducirse al intercambio de argumentos, lanzados como tantos otros

desafíos a la “razón” del otro, apelado por la ocasión en estos términos. Esto es lo que nos parece dice Montaigne y que es completamente enigmático. Porque si bien esta es una verdad, es también necesario constatar que no es nada común.

Así por ejemplo, nos sorprendemos cuando algunos jueces de nuestro tiempo exponen en lo referente a su juicio lo que ellos mismos son. De esta manera se denuncia tal o cual corte de justicia porque revelaría lo que son tales o cuales jueces, es decir su creencia o lo que verdaderamente piensan y que casi siempre mantienen oculto. En cuanto a Montaigne parece que nada apreciaba tanto como este riesgo en el juicio, donde se daba a conocer algo que estimaba propio. Procedía así en contravía a nuestro uso común, que incesantemente se oculta cuando pronuncia su sentencia, so pretexto, por ejemplo, de una objetividad que vanamente buscamos, o, cuando tenemos que juzgar obras y trabajos, amparándonos en la obediencia a ciertas reglas. Montaigne detestaba el uso que de éstas hacen algunos, precisamente porque en ellas se escudan. Consideraba el juicio como la expresión de una forma de existencia, de una singularidad que se dice y se expone en tal o cual momento y se trata a la vez de algo que puede parecer muy evidente y que sin embargo es inusual, como si la escuela enseñara más a esconderse tras las reglas escolares que a mostrarse juzgando, y en este sentido en cambio continuo. No se sabe porqué, esta exposición de sí en el juicio o el juicio como forma de existencia siempre se encubre, no se efectúa, a no ser que ocurra “a pesar” nuestro, como cuando el cuerpo hace manifiesto lo que no siempre controlamos o como lapsus. Montaigne deseaba que dicha exposición se hiciera con el “espíritu deseoso”, si así puede decirse, que fuera una aspiración y un deseo. ¿Para qué? Precisamente sólo para el aprendizaje.

Creemos que todo se debe a que el trabajo de síntesis es ciego y más exactamente que la apropiación se hace en forma aleatoria y ciega; además, que el carácter azaroso le es esencial, como lo sugiere Montaigne con la recurrencia del tema del olvido que antes señalábamos. El hecho de que esta apropiación se haga ciegamente es lo que me reduce obligatoriamente a mostrarme, mostrarme tal como naturaleza y aprendizaje me han formado. Y es el hecho de que esta síntesis sea ciega que el que explica mi apasionada necesidad de otro, que sepa mostrarme y decirme quién soy y dónde estoy. Pero lo que es válido para este retorno sobre sí del adulto, y en la incapacidad que descubre para rehacer lo hecho como para diferenciar lo que le pertenece de lo que pertenece a otros, es decir la aceptación de un sí mismo que ha llegado a ser lo que es pero que se nos escapa constantemente (sobre este tema ver: G. Wormser, “Nota sobre un ensayo de Montaigne”, en: la educación, aproximaciones filosóficas), vale también para cualquier clase y para la distancia temporal que separa una lección de su apropiación.

Existe en Montaigne lo que llamaremos una pasión de la exposición, cuyas lecciones, creemos, pueden ser también utilizadas con provecho a propósito de la educación, y particularmente en lo concerniente a la noción de ejercicio. Veremos principalmente que este tema nos parece esencial para interrogar la noción de forma y para desplazar algunos prejuicios mayores sobre su utilización.

Traducción de Yolanda González
Universidad Nacional de Colombia